

Por astuto y disimulado que fuese el enviado francés, los motivos de recelo con que la nueva corte debía mirar aquella embajada eran siempre los mismos, dado que en todo lo que decía no presentaba aquel agente otra credencial que su sola palabra, siendo bien notable por cierto que el rey se decidiese á partir sin mas garantía que esa. Su salida de la corte estaba sujeta á mil inconvenientes, esponiéndole á caer en alguna celada que los franceses, dueños absolutos del país, podían armarle; aventurando además la suerte de la nación cuya causa desgraciadamente era ya inseparable, por el inmerecido concepto en que el país le tenía, de la causa personal del monarca; y menoscabando su decoro por último, dado que el viaje de Fernando le hacía aparecer como un hombre que iba á mendigar su corona de manos de un monarca extranjero. Estas consideraciones que tan naturales nos parecen ahora, fueron todas desatendidas, llegando á tal punto el delirio de aquellas gentes, que ni aun dieron oídos al aviso dado por D. José Martínez de Hervas, quien habiendo venido en compañía del general Savary sirviéndole de intérprete, manifestóles con ingénua lealtad el peligro á que el rey se esponía si verificaba aquel viaje, siendo de opinión por lo mismo que se desistiera de él, ó se suspendiese á lo menos. Todo esto, repetimos, fue en vano, y el dictámen de Escoiquiz venció. La estrella de este sacerdote era perder dos veces á su régio alumno. Señalado el día 10 de abril para la partida del rey, nombró este una junta suprema, la cual debía entender en todo lo gubernativo durante su ausencia, consultando en lo demás con S. M., siendo su presidente el incapaz infante D. Antonio, y vocales los individuos que á la sazón componían el ministerio (1). La vispera de la salida envió Fernando á su padre un pliego en el cual le pedía una carta para Napoleon, reducida á felicitarle Carlos IV en su nombre, y á manifestarle sobre todo que los sentimientos del hijo hácia el emperador eran los mismos que el padre le habia demostrado. El destronado monarca se guardó muy bien de acceder á aquella súplica. Maria Luisa por su parte escribió al gran duque de Berg incluyéndole la petición de Fernando, y pidiéndole consejo sobre lo que deberían contestar caso de verse precisados á dar respuesta, añadiendo: *que ni ella ni el rey escribirían la carta que su hijo les pedía, sino en el caso de obligarles por la fuerza, como sucedió con la abdicacion, cuya protesta habia aquel enviado á S. A.* «Lo que dice mi hijo es falso, continuaba despues, y solo es verdadero que mi marido y yo tememos que se procure hacer creer al emperador un millon de mentiras, pintándolas con los mas vivos colores en agravio nuestro y del pobre principe de la Paz, amigo de V. A., admirador y afectisimo del emperador, bien que nosotros estamos *totalmente* puestos en manos de S. M. I. y V. A., lo cual nos tranquiliza de modo que con tales amigos y protectores no tememos á nadie.»

Fernando tuvo que resignarse á partir sin llevar consigo la carta de recomendacion, documento en verdad que de nada podia servirle despues del cuidado que Maria Luisa habia puesto en prevenir á Murat y al emperador contra él y sus consejeros. Los auspicios del viaje no podían ser mas tristes, y se verificó sin em-

(1) Estos eran: D. Pedro Ceballos, ministro de Estado; D. Francisco Gil y Lemus, de Marina; D. Miguel José de Azanza, de Hacienda; D. Gonzalo Ofarril, de Guerra; y D. Sebastian Piñuela, de Gracia y Justicia. Ceballos, como veremos, acompañó al monarca en su viaje.

Por resolución de la misma junta dióse entrada á sus sesiones, desde los primeros dias de su instalacion, al gobernador del consejo D. Arias Mon, al principe de Castelfranco y al conde de Montarco. Aumentándose despues los conflictos en que aquel cuerpo se via continuamente, agregáronse en 1.º de mayo todos los presidentes y decanos de los consejos.



SALIDA DE FERNANDO VII PARA BURGOS.

bargo. Siguieron al rey el ministro Ceballos, los duques del Infantado y San Carlos, el marqués de Muzquiz, D. Pedro Labrador, el capitán de guardias de Corps conde de Villariego, los gentiles-hombres de cámara marqués de Ayerbe, de Guadalcázar y de Feria, y como bien se deja entender, la persona mas influyente entonces en los consejos del monarca, el favorito de Fernando VII, aquel hombre que con presumir tanto de sus talentos, era sin embargo inferior bajo todos conceptos al que el mismo Carlos IV habia tenido; el canónigo Escoiquiz en una palabra. En cuanto á Savary, de adivinar es tambien que una vez cojida la presa, procuraria no perderla de vista.

El pueblo de Madrid, cuya zozobra iba cada dia en aumento, se hallaba en una situación violenta, é imposible de describir; pero los desacordados viajeros habian tenido buen cuidado en prevenir los desagradables efectos que pudiera producir la agitacion de los ánimos, haciendo publicar la vispera de su salida el real decreto siguiente:

«El rey nuestro señor acaba de tener noticias fidedignas de que su intimo amigo y augusto aliado el emperador de los franceses y rey de Italia se halla ya en Bayona con el objeto mas grato, apreciable y lisonjero para S. M., como es el de pasar á estos reinos con ideas de la mayor satisfaccion de S. M., y de conocida utilidad y ventaja para sus amados vasallos; y siendo, como es, correspondiente

á la estrechísima amistad que felizmente reina entre las dos coronas, y al muy alto carácter de S. M. I. y R., que S. M. pase á recibirle y cumplimentarle y darle las pruebas mas sinceras, seguras y constantes de su ánimo y resolucion de mantener, renovar y estrechar la buena armonía, íntima amistad y ventajosa alianza que dichosamente ha habido y conviene que haya entre estos dos monarcas, ha resuelto S. M. salir prontamente á efectuarlo. Y como esta ausencia ha de ser por pocos dias, espera de la fidelidad y amor de sus amados vasallos, y singularmente de los de esta córte que tan repetidamente se lo han acreditado, que continuarán tranquilos, confiando y descansando en el notorio celo de sus ministros y tribunales, y principalmente en la junta de gobierno presidida por el serenísimo señor infante D. Antonio, que queda establecida; y que seguirán observando, como corresponde, la paz y buena armonía que hasta ahora han tenido con las tropas de S. M. I. y R., suministrándoles puntualmente todos los socorros y ausilios que necesiten para su subsistencia, hasta que vayan á los puntos que se han propuesto para el mayor bien y felicidad de ambas naciones, asegurando S. M. que no hay recelo alguno de que se turbe ni altere dicha tranquilidad, buena armonía y ventajosa alianza; antes mas bien, S. M. se halla muy satisfecho de que cada dia se consolidará mas. Tendréislo entendido &c.

Difícil es decidir qué sobresale mas en este malhadado documento: si la insensatez con que seis dias antes de la llegada del emperador á Bayona se asegura que el rey acaba de tener noticias fidedignas de hallarse aquel en dicha ciudad, ó la insigne contradicción en que incurren los que habiendo tachado con tanta justicia en el gobierno del valido su demasiado estrecha alianza con el gabinete frances, se manifiestan dispuestos á repretarla y robustecerla. Otro decoro, otra dignidad, otra confianza en sí mismo conveniale mostrar al monarca que, bien ó mal elevado al trono de su padre, representaba no obstante la magestad del pais, y entusiasmando á los pueblos con su nombre, podia en caso de colision ó desavenencia con el emperador contar con el irresistible y decidido apoyo de la nacion entera. Bien lo mostraban las poblaciones que Fernando recorria en su viaje, todas delirantes al verle, todas aclamando á su ídolo, frenéticas todas por significarle el entusiasmo que las poseía. La marcha del rey hasta Burgos puede considerarse como una continua ovacion; pero Napoleon no estaba allí, y esto era bastante para acibarar la alegría en el corazon de Fernando. Este miraba á su comitiva, la comitiva le miraba á él, y todos por último fijaron los ojos en Savary, como queriendo significarle la sorpresa que tan repetidos engaños les causaban. El enviado, lejos de arredrarse por aquella especie de reconvenccion, insistió en la necesidad y en la conveniencia de que el rey prosiguiese adelante, pues era imposible que tardase en encontrar á Napoleon, debiendo atribuirse á algun accidente casual no haber dado con él en Burgos. Era esto el dia 12, y los consejeros de Fernando deliberaron largamente sobre el partido que debia adoptarse. El dictámen de Ezcoiquiz, unido á las reiteradas promesas y nuevos artificios desplegados por el astuto Savary, decidió la cuestion á favor de la marcha, prosiguiendo el monarca adelante y llegando el 14 á Vitoria.

Recibió la ciudad á Fernando con el mismo entusiasmo que los demas pueblos; pero Napoleon tampoco estaba allí, y esto se pasaba de burla. Nueva deliberacion, consejo nuevo. El enviado frances no podia sostener por mas tiempo la farsa. Escoiquiz, con todo el ascendiente que ejercia en el corazon de su régio alumno, no alcanzaba á desarrugar su ceño, ni á inspirar en la comitiva la insensata confianza que siempre tenia él. Súpose en esto que el emperador habia salido de Burdeos, llegando á Bayona en la noche del 14 al 15. El infante D. Carlos que se habia detenido en Tolosa sin atreverse á pasar la frontera, se decidió á verificarlo cuando tuvo noticia de la aproximacion de Bonaparte. Savary deseaba que el rey imitase la conducta de su hermano; pero hallándole reniente, se encargó de poner en manos de Bonaparte la carta que insertamos á continuacion. «Escriba V. M. al emperador (dijeron á Fernando sus conseje-

ros), y veamos lo que contesta.» Y dictáronse al rey los siguientes renglones:

Carta de Fernando VII á Napoleon.

«Mi señor y hermano. Elevado al trono por abdicacion libre y espontánea de mi augusto padre, no he podido ver sin pesar verdadero que S. A. I. el gran duque de Berg, y el embajador de V. M. I. y R. han omitido felicitar me como á soberano de España, cuando lo han hecho los de otras córtes con quienes no tengo enlaces tan íntimos ni apreciados. No pudiendo atribuirlo sino á falta de órdenes para ello, V. M. me permitirá decirle con toda sinceridad que desde los primeros momentos de mi reinado he dado continuamente á V. M. I. y R. testimonios claros y nada equívocos de mi lealtad y de mi afecto á su persona: que la primera providencia fue ordenar que volviesen á Portugal las tropas mandadas salir de allí para las cercanías de Madrid: que mis primeros cuidados fueron la provision, el alojamiento y las subsistencias de las tropas francesas, á pesar de la escasez extrema en que hallé mi real hacienda, y de los pocos recursos de las provincias en que se hallaban aquellas; y que ademas he dado á V. M. la mayor prueba de mi confianza, mandando salir de la capital las tropas mías para colocar en ella las de V. M.

»Asimismo he procurado en varias cartas que tengo escritas á V. M. hacerle ver con claridad los deseos de estrechar nuestra union con un lazo indisoluble á gusto de mis vasallos, para eternizar la amistad y alianza que habia entre V. M. y mi augusto padre. Con esta misma idea envié tres grandes de mi reino que saliesen al encuentro de V. M. en el instante mismo de haber sabido que V. M. proyectaba entrar en España; y para demostrar con mayores pruebas mi alta consideracion hácia su augusta persona, hice despues salir tambien con igual objeto á mi querido hermano el infante D. Carlos, el cual ha llegado á Bayona en estos dias. No puedo dudar que V. M. ha reconocido mis verdaderos sentimientos en esta conducta.

»Despues de esto, V. M. llevará á bien que yo le manifieste mi pena de no haber recibido cartas de V. M., ni aun despues de la respuesta franca y sincera que di á la pregunta que el general Savary fue á hacerme en Madrid á nombre de V. M. Este general me aseguró que los únicos deseos de V. M. eran saber si mi advenimiento al trono produciria novedades en las relaciones políticas de nuestros estados. Yo le respondí de palabra lo mismo que habia dicho ya por escrito á V. M.; y aun condescendí á la invitacion que me hizo de salir al encuentro de V. M. en el camino, por anticiparme la satisfaccion de conocer personalmente á V. M., á quien ya tenia yo manifestada mi intencion en esta parte. Guardando consecuencia he venido á la ciudad de Vitoria, posponiendo los cuidados indispensables de un reinado nuevo que dictaba por ahora mi residencia en el punto central de mis estados.

»Ruego pues á V. M. I. y R. con eficacia se sirva poner término á la situacion congojosa en que me ha puesto su silencio, y disipar por medio de una respuesta favorable las vivas inquietudes que mis fieles vasallos sufririan con la duracion de la incertidumbre. Ruego á Dios que os tenga en su santa y digna guarda. De V. M. I. y R. su buen hermano.—Fernando.—Vitoria 14 de abril de 1808.»

Hé aquí al monarca de una nacion pundonorosa y valiente, al monarca que, de cualquier manera que fuera, ocupaba el trono español con asenso unánime de sus pueblos, postrado humildemente á las plantas de un monarca extranjero, implorando abatido su reconocimiento, y dando un nuevo paso en la senda de degradacion que Escoiquiz le habia hecho empezar cuando la carta de 11 de octubre. ¿Qué concepto podia formar Bonaparte del que así pordioseaba una diadema, tras haber mendigado una novia?

Savary se dirigió á Bayona con la celeridad del rayo, restituyéndose á Vitoria el 17 con la misma celeridad: tanto era lo que temia que se le escapase la presa. Fernando esperaba con ánsia la respuesta de Napoleon, ¡y la contestacion era esta!

Carta del Emperador á Fernando VII.

«Hermano mio: He recibido la carta de V. A. R. Ya se habrá convencido V. A., por los papeles que ha visto del rey su padre, del interés que siempre le he manifestado: V. A. me permitirá que en las circunstancias actuales le hable con franqueza y lealtad. Yo esperaba, en llegando á Madrid, inclinar á mi augusto amigo á que hiciese en sus dominios algunas reformas necesarias, y que diese alguna satisfaccion á la opinion pública. La separacion del príncipe de la Paz me parecia una cosa precisa para su felicidad y la de sus vasallos. Los sucesos del Norte han retardado mi viaje: las ocurrencias de Aranjuez han sobrevenido. No me constituyo juez de lo que ha sucedido y de la conducta del príncipe de la Paz; pero lo que sé muy bien es, que es muy peligroso para los reyes acostumbrar sus pueblos á derramar la sangre haciéndose justicia por sí mismos. Ruego á Dios que V. A. no lo experimente un dia. No seria conforme al interes de la España que se persiguiese á un príncipe que se ha casado con una princesa de la familia real, y que tanto tiempo ha gobernado el reino. Ya no tiene mas amigos: V. A. no los tendrá tampoco si algun dia llega á ser desgraciado. Los pueblos se vengán gustosos de los respetos que nos tributan. Ademas, ¿cómo se podrá formar causa al príncipe de la Paz, sin hacerla tambien al rey y á la reina, vuestros padres? Esta causa fomentaria el odio y las pasiones sediciosas; el resultado seria funesto para vuestra corona. V. A. R. no tiene á ella otros derechos sino los que su madre le ha transmitido: si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos. No preste V. A. oídos á consejos débiles y pérfidos. No tiene V. A. derecho para juzgar al príncipe de la Paz: sus delitos si se le imputan, desaparecen en los derechos del trono. Muchas veces he manifestado mi deseo de que se separase de los negocios al príncipe de la Paz; si no he hecho mas instancias ha sido por un efecto de mi amistad por el rey Cárlos, apartando la vista de las flaquezas de su afeccion. ¡Oh miserable humanidad! Debilidad y error; tal es nuestra divisa. Mas todo esto se puede conciliar; que el príncipe de la Paz sea desterrado de España, y yo le ofrezco un asilo en Francia.

«En cuanto á la abdicacion de Cárlos IV, ha tenido efecto en el momento en que mis ejércitos ocupaban la España, y á los ojos de la Europa y de la posteridad podria parecer que yo he enviado todas esas tropas con el solo objeto de derribar del trono á mi aliado y amigo. Como soberano vecino, debo enterarme de lo ocurrido antes de reconocer esta abdicacion. Lo digo á V. A. R., á los españoles, al universo entero: si la abdicacion del rey Cárlos es espontánea, y no ha sido forzado á ella por la insurreccion y motin sucedido en Aranjuez, yo no tengo dificultad en admitirla y en reconocer á V. A. R. como rey de España. Deseo, pues, conferenciar con V. A. R. sobre este particular.

«La circunspeccion que de un mes á esta parte he guardado en este asunto, debe convencer á V. A. del apoyo que hallará en mí, si jamás sucediese que facciones de cualquiera especie viniesen á inquietarle en su trono. Cuando el rey Cárlos me participó los sucesos del mes de octubre próximo pasado, me causaron el mayor sentimiento, y me lisonjeo de haber contribuido por mis instancias al buen éxito del asunto del Escorial. V. A. no está exento de faltas; basta para prueba la carta que me escribió, y que siempre he querido olvidar. Siendo rey sabrá cuan sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extranjero es criminal. *El matrimonio de una princesa francesa con V. A. R. lo juzgo conforme á los intereses de mis pueblos, y sobre todo como una circunstancia que me uniria con nuevos vínculos á una casa, á quien no tengo sino motivos de alabar desde que subí al trono.* V. A. R. debe recelarse de las consecuencias de las conmociones populares: se podrá cometer algun asesinato sobre mis soldados esparcidos; pero no conducirán sino á la ruina de la España. He visto con sentimiento que se han hecho circular en Madrid unas cartas del capitán general de Cataluña, y que se ha

procurado exasperar los ánimos : V. A. R. conoce todo el interior de mi corazón ; observará que me hallo combatido por varias ideas que necesitan fijarse ; pero puede estar seguro de que en todo caso me conduciré con su persona del mismo modo que lo he hecho con el rey su padre. Está V. A. persuadido de mi deseo de conciliarlo todo, y de encontrar ocasiones de darle pruebas de mi afecto y perfecta estimación. Con lo que ruego á Dios os tenga, hermano mio, en su santa y digna guarda. En Bayona á 16 de abril de 1808.—Napoleon.»

Esto se llama desempeñar magistralmente el papel de pedagogo. Napoleon habla al rey como pudiera hacerlo á un chicuelo, y á veces descarga el azote de un modo que levanta vejiga. No hay en toda la carta una sola espresion capaz de inspirar confianza á Fernando en el hombre que tan esplicitamente reprueba su conducta, que con tanto desprecio le habla de su carta de 11 de octubre, que de un modo tan siniestro le mienta el honor de su madre, que con la sola circunstancia de llamar *Alteza* al que tan anhelante se halla de recibir el título de *Magestad*, le dice lo bastante para que pueda inferir la sentencia á que debe atenerse. La correspondencia que los reyes padres han seguido con Murat desde el 21 ó 22 de marzo hasta el 10 de abril, ha surtido su efecto. Napoleon anuncia sus favorables disposiciones respecto á Godoy. No en vano la reina decia á Murat en su última misiva : «*La carta que V. A. nos ha escrito, y que hemos recibido hoy (10 de abril) muy temprano, me ha tranquilizado. Nosotros estamos puestos en las manos del emperador y de V. A. No debemos temer nada el rey, nuestro comun amigo y yo. Lo esperamos todo del emperador, que decidirá pronto nuestra suerte.*»

La única cláusula en que Napoleon se muestra algun tanto accesible, es la que dice relacion al enlace de Fernando con la soñada princesa, y esa cláusula que va en bastardilla, tiene todas las señales de apócrifa. El príncipe de la Paz sospecha que Ceballos la intercaló en el testo con el designio de hacer aparecer menos temeraria la resolucion de partir á Bayona despues de recibida aquella carta, y este modo de pensar nos parece fundado, tanto por la falta de ilacion que se observa entre la susodicha cláusula y las frases que la preceden y siguen (1), como por la circunstancia notable de haber sido omitido el tal párrafo en el *Monitor* frances, cuando Napoleon hizo pública la malhadada correspondencia de los reyes padres. A estas observaciones podrian añadirse otras que ocurrirán facilmente al lector, tales como lo poco probable que parece hablar Bonaparte de bodas cuando tan mal prevenido debia estar hácia Fernando, gracias á la protesta y comunicaciones anteriores de su padre y á las cartas recientes de Maria Luisa, resultando mayor la inverosimilitud si se tienen presentes las palabras en que con tanto desden se refiere, cuatro renglones antes de la cláusula en cuestion, á la carta de 11 de octubre, *carta*, dice, *que siempre he querido olvidar*; aumentándose, en fin, esa duda al considerar la sabida circunstancia de haber Bonaparte resuelto (segun hemos visto) colocar en el trono español á uno de sus hermanos, lo cual no se aviene muy bien con manifestarse dispuesto á admitir en el seno de su familia al monarca cuya destitucion acaba de decidir.

No obstante la fuerza que puedan tener estas reflexiones, cabe tambien que conociendo Napoleon el carácter de Fernando, quisiese halagarle algun tanto con una vaga promesa de bodas que á nada le comprometia, para mientras el rey conspirador se alimentaba de esperanzas con su Dulcinea imperial, y mientras el rey destronado las alimentaba tambien en otro sentido, poder él hacer su negocio á costa de los dos contendientes. Como quiera que sea, aun cuando se admita la cláusula

(1) En prueba de esa falta de ilacion, júntense los párrafos contiguos á la tal cláusula, y se verá la conexión y enlace que resulta : *V. A. no está exento de faltas ; basta para prueba la carta que me escribió y que siempre he querido olvidar. Siendo rey sabrá cuan sagrados son los derechos del trono : cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano estrangero es criminal.—Vuestra alteza real debe recelarse de las consecuencias de las conmociones populares etc. etc.*

como real y efectiva, no por eso habia motivo para que Fernando y sus consejeros tuviesen la menor confianza en el hombre que sobre espresarse en los párrafos restantes del modo que nuestro lectores han visto, no ofrecia en su porte anterior, ni menos en su conducta presente, señal la mas leve de la cual pudiera inferirse que hubiera de serles propicio. Ceballos ha dicho terminantemente que deseando encontrar seguridades en la carta de Napoleon, no halló en ella sino motivos de temor y sobresalto, añadiendo que con las luminosas noticias que del emperador se tenian no podia ocurrirle á nadie la idea de aconsejar al rey su viaje á Bayona. Y ese viaje se aconsejó sin embargo! Y Ceballos fue á Bayona tambien! Y no supo contraer aquel ministro otro mérito que manifestarse *pasivo* en el consejo que á Fernando se dió!

Las noticias que venian de Bayona, suministradas por individuos pertenecientes á la comitiva de D. Carlos, no dejaban la menor duda de que el emperador tramaba una perfidia. Los franceses ocupaban á Vitoria con 4000 hombres, y despues de la entrada del rey, habian aumentado sus fuerzas. Constituido el general Savary en centinela del iluso monarca, ejercia sobre él y sobre los que le acompañaban la vigilancia mas esquisita, no faltando quien asegure (aunque hay tambien quien lo niega ó lo pone en duda) que tenia orden de arrebatár al principe por la fuerza en la noche del 18 al 19, si persistia en no pasar á Francia. Los soldados franceses alojados en Vitoria hablaban mientras tanto del viaje en cuestion, calificándolo de locura. Algunos españoles cuya lealtad igualaba á su prevision, ponian el grito en el cielo contra un proyecto tan descabellado, comprometiéndose á sacar al monarca de aquel apuro, á pesar de la vigilancia francesa. El ministro del reinado anterior D. Mariano Luis de Urquijo, que habia venido desde Bilbao á felicitar al monarca á su paso por Vitoria, propuso de acuerdo con los alcaldes de Urbina y Ameyugo y con otros paisanos, sacar á Fernando de la ciudad disfrazado, é internarlo en las provincias Vascongadas, ofreciéndose Urquijo á todos los riesgos, yendo de embajador á Bayona. El oficial de marina D. Miguel Ricardo de Alava y otros propusieron tambien varios planes, siendo el mas facil de realizar el pensamiento del duque de Mahon, quien aconsejaba la salida del rey por el camino de Bayona para hacer creer á los franceses que se dirigia á aquel punto: el rey al llegar á Vergara debia torcer hácia Durango, y guarecerse, si era preciso, en el puerto de Bilbao: un batallon del *Inmemorial del Rey*, existente en Mondragon, habria protegido la fuga, haciendo lo mismo el comandante general del resguardo de la linea del Ebro D. Manuel Mazon Correa, el cual ofreció secundar el proyecto con el auxilio de mas de dos mil dependientes que tenia á sus órdenes.

Los consejos de aquellos leales fueron recibidos con desden, ni mas ni menos que lo habian sido los de D. José Martinez de Hervas. El rey se dejó fascinar por Escoiquiz y por las nuevas promesas de Savary, el cual apuró sus pérfidos artificios, diciéndole que se dejaba cortar la cabeza si al cuarto de hora de haber llegado Fernando á Bayona, no le reconocia el emperador por rey de España y de las Indias. «Por sostener su empeño, añadió, empezará probablemente por darle el tratamiento de alteza; pero á los cinco minutos le dará magestad, y á los tres dias estará todo arreglado, pudiendo S. M. restituirse á España inmediatamente.»

Decidido el viaje á Bayona, y esparcida la noticia por la poblacion, presentaron los habitantes delante del alojamiento del rey, conjurando á este por lo mas sagrado que desistiese de una resolucion tan fatal. La agitacion llegó á tal punto, que no pudiendo contenerse el pueblo, se precipitó sobre el coche dispuesto á partir,



CONMOCION POPULAR EN VITORIA.

y cortó los tirantes de las mulas. Asomado Fernando al balcon, redobláronse á su presencia las aclamaciones y vivas, junto con las protestas que la lealtad sujeria contra una marcha de tan mal agüero. Los esfuerzos del pueblo fueron vanos. Calmado el tumulto á duras penas, partió el rey con su comitiva el 19, dejando conternados á los habitantes de Vitoria, cuyos temores procuraron los consejeros desvanecer por medio del siguiente decreto:

«El rey está agradecidísimo al extraordinario afecto de su leal pueblo de esta ciudad y provincia de Alava; pero siente que pase de los limites debidos y pueda degenerar en falta de respeto con pretesto de guardarle y conservarle. Conociendo que este tierno amor á su real persona, y el consiguiente cuidado, son los móviles que le animan, no puede menos de desengañar á todos y á cada uno de sus individuos de que no tomaria la resolusion importante de su viaje, si no estuviere bien cierto de la sincera y cordial amistad de su aliado el emperador de los franceses, y de que tendrá las mas felices consecuencias. Les manda, pues, que se tranquilicen y esperen, que antes de cuatro ó seis dias darán gracias á Dios y á la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquieta. (1)»

(1) Fernando anunció al emperador su resolusion de pasar á verle por medio de la siguiente carta escrita el dia 18: «Señor mi hermano: He recibido con la mayor satisfaccion la carta que V. M. I. y R. ha tenido á bien dirigirme con fecha de 16, por medio del general Savary. La confianza que V. M. me inspira, y mi deseo de hacerle ver que la abdicacion del rey mi padre á mi favor fue efecto de un puro